

En tres facciones, cual la blanca nieve,
Y en otras tantas gorda y colorada,
En tres larga también, y otras tres breve,
Y gorda en tres, y en otras tres delgada,
Y ser estrecha en tres la dama debe,
Y en tres ancha, estendida y dilatada,
Pequeña en tres; y si esto no tuviere
En Creta morirá, si á Creta fuere.

El cuerpo y dientes blanco, y los cabellos
Cual se descubre el sol por la mañana,
De negro las pestañas y ojos bellos,
La parte menos bella, y mas humana:
Como el coral los labios, y con ellos
Las uñas y mejillas como grana;
El cuerpo, manos, el altivo cuello
Largo importará ser, si ha de ser bello.

Los pies, dientes y orejas delicadas,
De breves puntos, y perfecta hechura,
Pestañas y caderas dilatadas,
Y anchos pechos de alegre arquitectura,
Y las tres perfecciones mas notadas,
Pequeña boca, y breve de cintura,
Con lo demás que amor justo ó injusto,
Breve lo pide, como lo es su gusto.

Del medio inferior cuerpo otras tres cosas
Que no sean flacas pide la belleza,
Si bien la honestidad por peligrosas
A los ojos cubrió su gentileza:
La nariz, las dos pomas deleitosas,
Pequeñas, y pequeña la cabeza,
Y los dedos, los labios, y cabellos
Delicados serán, si han de ser bellos.

Destos varios engaces de oro juntos
La imagen se hace de beldad perfecta,
Y el limpio aspecto y rayas destos puntos
El firme encanto desharán de Creta;
Y en la japona reina los trasuntos
Desta medalla pública y secreta
Salud le dieran, si el temor estrecho
No lo estorbara de tu ardiente pecho.

Y tú, francés, á quien la nueva guerra
De tu patria hará de llanto un lago,
Y en la subida de una inculta sierra
En sus flores de lis sangriento estrago;
Aprieta vuelve á tu enemiga tierra
A dar venganza al agraviado mago,
Que está del sacro imperio el guion alto
De insignes capitanes y armas falto.

En el Franco Pomier, donde yo, puse
Su casa un tiempo y su jardin Morgana,
Morgana ilustre hada, que el concurso
Ahora de la riqueza rige humana:
Diosa del interés, y de su abuso;
Y del rey Artus halagüeña hermana,
Un castillo encantó, y un bosque esquivo,
Donde á su hermano tiene, ó muerto, ó vivo.

Y allí en la rica sala del tesoro,
Por nueva injuria á su enemiga Francia,
Los capitanes de mayor decoro,
Que del imperio rigen la importancia,
Hechos tiene insensibles bultos de oro,
Que esa es del oro la mayor ganancia,
Y el interés en ánimo avariento,
Confuso lazo y ciego encantamento.

Y así este, aunque desnudo de provecho,
Como mal sin remedio no le alcanza,
Que un hombre avaro estatua de oro hecho,
No hay, de que vuelva á ser quien fue, esperanza:
Solo á la puerta en un sepulcro estrecho
De un muerto cuerpo está la semejanza,
Que suele con ponerseles delante
Del sueño despertarlos semejante.

Aquí, pues, ves lo que á tu patria importa:
Abrir harás la antigua sepultura,
Y al muerto bulto, que la muerte absorta

Con su voz rompa la lazada obscura;
Que á quien del oro el interés transporta,
La sola muerte cura su locura,
Y aun suele el rumor della á mejor vida
Dar despierta la estatua mas dormida.

Hay fama que es el poderoso muerto
El Anglio rey, que allí en podrida llama
Su enjuto cuerpo tiene, y viendo abierto
El lóbrego ataúd, deja su cama:
Y á su antigua virtud y honor despierto
Al mas dormido da deseos de fama,
Y el oro hace olvidar que es tierra el oro,
Y un hombre insigne celestial tesoro.»

ALEGORIA.

Bernardo, que por ninguna via quiere dejar el seguimiento de Arcangélica, significa, que el ánimo codicioso del apetito de venganza, con ningún partido ni medio se quieta, ni otra satisfaccion tiene por honrosa, que aquella que por si mismo alcanza de quien le ofendió. El gran vuelo del sabio Malgesí, ya hemos dicho que es figura de la vida contemplativa, que de las cosas visibles inferiores pasa la mira á las celestiales, con la cual llegará la felicidad del nuevo mundo, que es la bienaventuranza prometida al hombre, como á la monarquía española las Indias Occidentales. Por Tlascalán, sabio antiguo, que tiene su morada en las cavernas y gruta de un monte, es entendido el apetito de las riquezas que se crian en las entrañas de la tierra: el cual muchas veces es poderoso á traer al suelo con su fuerza al hombre contemplativo, que antes con gran deleite volaba sobre su pensamiento, ocupado en solo contemplar la hermosura del mundo y secretos de la naturaleza: al cual la solicitud de las riquezas impide la quietud, que tan necesaria es al ánimo contemplativo, como Aristóteles dice en las Eticas, que si para la vida activa ayudan mucho, para la contemplativa totalmente son estorbo. El mirador de la cueva de Tlascalán, significa la imaginativa, de adonde se via tanta variedad de cosas. En el modo que á Reynaldos se da para desencantar las estatuas de la sala del tesoro, se muestra como sola la muerte, ó su memoria eficaz, es la que puede despertar á los avarientos de su peligroso encantamento.

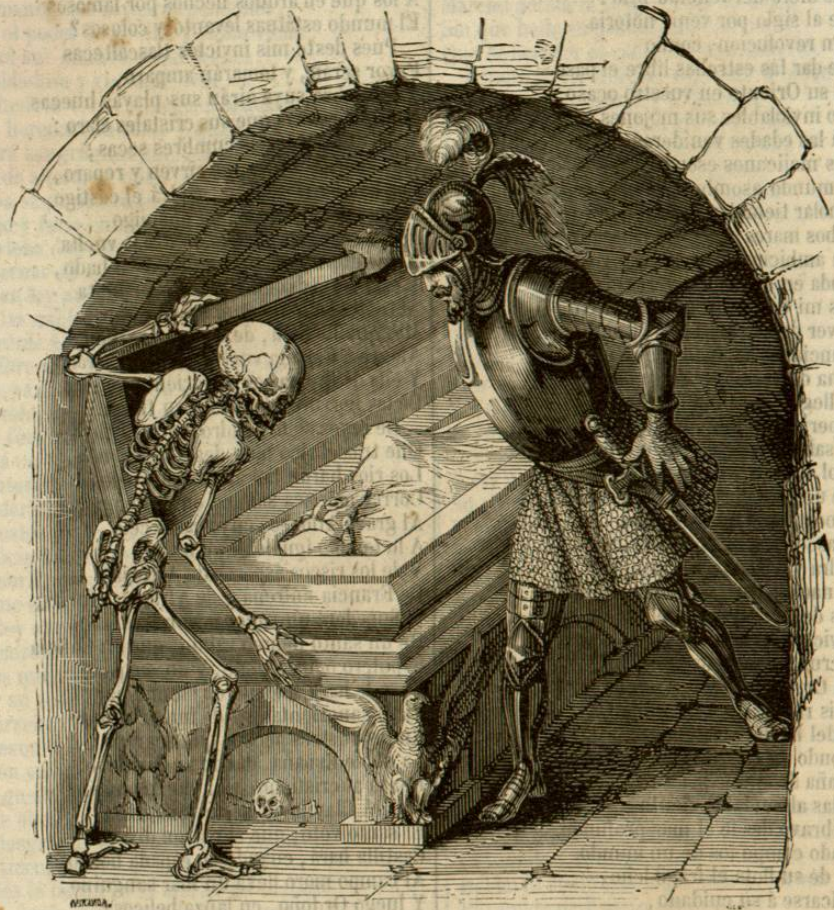
LIBRO DECIMONONO.

ARGUMENTO. Cuenta el sabio Tlascalán las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos Quinto. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de los Maravillos, donde habiendo acabado un artificioso encantamento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España.

Así de lo profundo de su pecho
El sabio al mundo siembra maravillas,
Y en la gruta retumba el cervo techo,
Y oyen los héroes en doradas sillas,
Que en observado signo y cercos, hecho
De luciente oro márgenes y orillas,
El feliz mirador da en sus viriles,
Aun á los por nacer cuerpos sutiles.

Y él viendo el siglo por venir patente,
De superiores luces alumbrado,
Vuelto un Proteo mortal, hacia presente
Del que escuchaba el venidero hado,
Como al rey Persa, y al francés valiente
De nuevas trazas amasó el cuidado,
Y en su piloto ahora el rostro fijo,
Así siguiendo su discurso dijo:

«Si cual te dió el antiguo Balisarte
En el francés aguado el valor godo,
Sin mezcla de otro azar supiera darte
De castellana masa el pecho todo,



Ni mi voz fuera ni mis ciencias parte
A suspender de tu viaje el modo,
Libre pasaras con tu intacto vuelo,
O por la humilde tierra, ó por el cielo:

Que la estrella de España en este mundo
En todo es superiora de otra estrella;
Así los cielos en saber profundo
Para mas bien lo dispusieron della:
Del rubio oro el feliz parto fecundo,
Y de luciente plata blanca pella,
Ahora recoge, guarda y desentraña,
Para en cambio de fe ofrecello á España.

Cuando tu patria en nuevas opiniones
La religion verá que ahora profesa,
Y en la fe sospechosa, y sus razones,
Muchas confesará que hoy no confiesa;
De España los católicos pendones,
Y el primer papa en ellos por empresa,
En señal que es el agua de su fuente,
A dar luz bajarán á nuestra gente.

Compraremos entonces (¡cosa estraña!)
El cielo con la escoria de la tierra,
El desengaño y luz con lo que engaña,
La eterna paz con la mudable guerra:
Daremos plata humilde y oro á España,
Por la divina religion que encierra,
Como en limpio granero, que es mancilla
Sembrar, sino está limpia la semilla.

Y si deseais á estos ocultos casos
La estampa ver de su mudable idea,

Y los eternos encubiertos pasos
Por donde el cielo su girar voltea:
Si de lo por venir bultos escasos
Ver deseais, y hay vista que los vea,
Oid, héroes de otro mundo, oid, que quiero
Al presente sacar el venidero.

Al mudable cristal desta laguna,
Del polo helado, y su encubierta gente,
Domando en riendas de oro la fortuna
Otro tiempo bajó un pueblo valiente:
Rindió incultas naciones, que ninguna
Fiel tributo negó á su rey potente,
Y él en victorias y poder ufano
Leyes dió al nuevo mundo de su mano.

Y aunque de mar á mar la estrecha tierra
Con armas tiene su furor turbada,
Con quien mas ciego enojo y firme guerra
El rigor trae de la ambicion trabada,
Es con la que á las faldas desta sierra,
Ahora en pomposas plumas señalada,
Con ancho baile y músicas celebra,
Del ya domado ardor la primer quiebra.

Es la hidalga nacion que á las vertientes
De Tlascala por mia heredó el cielo,
Y á estas feroces extranjerías gentes
El mas contrario y enemigo suelo:
Y aunque en sangrientas lides diferentes
Victorias les ganó de la honra el celo,
De su teson y aliento belicoso
Nunca hora hemos gozado de reposo.

Hubiera á su pomposa vanagloria
Sin mi rendido el cuello el pueblo mio,
Y en triste servidumbre á su victoria
Las riendas diera del vencido brio:
Mas yo que al siglo por venir notoria
Miro la gran revolucion, confio
Que han de dar las estrellas libre el paso
A la luz de su Oriente en vuestro ocaso.

Y no solo inviolables sus mojonos
Hará esto á las edades venideras,
Mas aun los mejicanos escuadrones
Cuando al mundo asombraren sus banderas,
Y á su tremolar tiemblen las naciones
Que de ambos mares ciñen las riberas,
Y sea de su ambiciosa monarquía
La tierra toda en que se encierra el día.

Entonces mi constante pueblo altivo,
Sin nunca ver de espaldas la fortuna,
La verde juncia en ademán esquivo
Y el cerco ha de asombrar de su laguna:
Cuando ya llegue al colmo fugitivo
De su prosperidad la llena luna,
Y á un rey sañudo que su cetro tenga
Del rubio sol á verle un hijo venga.

Ya allí de un mundo y otro las estrellas
El curso trocarán de su corriente,
Y á los peñascos destas playas bellas
Nueva vendrá y desconocida gente:
Ya veo sus naos llegar, ya veo sobre ellas
Los timbres de oro y armas del Oriente,
Ya á sus invictos capitanes veo
De un alta cruz labrar feliz trofeo.

Ya de un Cortés caudillo el pecho honroso
Premio á mis ricas esperanzas sienta,
Y la gloria del hecho mas famoso
Que haber pudo en cuerdo atrevimiento:
Insigne hazaña de ánimo brioso
Será dar velas al mudable viento,
Y embestir bravo desde el mar profundo
Con un tasado campo los de un mundo.

Barrenar de su flota el frágil leño,
Y allí sacrificarse á su cuidado,
Como quien se hace indubitable dueño
Deste occidental mundo, ¡hecho fue osado!
¡Bella osadía! con campo tan pequeño
Quererse quedar solo, y desarmado,
En medio de enemigos tan esquivos,
Que se suelen comer los hombres vivos.

Mas la heroica hazaña, en quien se agota
El largo discurrir del seso humano,
Mayor que armar ni barrenar la flota,
Ni á dar asalto al reino Mejicano,
Será entre un pueblo inculto, y gente ignota,
Con fuerza humilde, y desarmada mano,
Su monarca prender, ceñirle hierros,
Y castigar en él fingidos yerros.

Grande será prender un enemigo,
Que de mortal envidia el pecho lleno
A estorbarle vendrá, y él por testigo
Le tomará, y por suyo el campo ajeno:
Mas ni esto, ni el abrir ciego postigo
Al mejicano pantanoso cieno,
Con bergantines y chalupas puestas
De diez mil hombres en las corvas cuevas:

Ni otro, ni otro furor, ni todo junto
Desta hazaña iguala el fundamento,
Que las demás con ella caen de punto,
Y ella vencido deja el pensamiento:
Serán las otras suyas contrapunto
De amasados ejércitos sin cuento,
De que saldrán estas montañas llenas
Por ver tal prisionero en sus cadenas.

Mas humillar con nombre y voz de preso
La imperial magestad, mudarle casa,
Sitiarle guardas, fulminar proceso,

Y en su libre vivir ponerle tasa,
¿Qué huésped se arrojará á tanto esceso
Con suceso feliz, que escede y pasa
A los que en árdios hechos por famosos
El mundo estátuas levantó y colosos?

Pues deste mis invictos tascaltecas
Favor serán, y tomarán amparo,
Y á sombra suya oirán sus playas huecas
Mi nombre mas que sus cristales claro:
Y del abrigo destas cumbres secas,
Que hoy de muros me sirven y reparo,
Las banderas saldrán, saldrá el castigo
Deste tirano pueblo, mi enemigo.

Y no tardará el cielo en dar la vuelta
Al eje eterno en que se mueve el hado,
Y esta tragedia en lágrimas envuelta
Al teatro salir acostumbrado,
Mas que fortuna, de una vez resuelta,
Alegre á España vuelva el rostro airado,
Y ella dé limpia con sangrienta guerra
De las horrruras de Africa su tierra.

De reyes siete cuadros mira el cielo,
Que tras el rico bien desta esperanza,
Los rios harán del agraviado suelo
Correr morisca sangre en su venganza:
Al grave Alfonso, cuyo casto celo
A lo temido iguala de su lanza,
Y de los riscos ásperos de Asturias
De Francia enfrena y de Africa las furias;

Sucedirá un valiente don Ramiro,
De un santo hebreo valido, que en Galicia
Sepulcro oculto tiene, y un suspiro
Suyo le hará soldado en su milicia;
Cuya sangrienta espada inmortal miro
En los ilustres pechos que acaricia
La noble España, dando su denuedo
Honra al cristiano, y al pagano miedo.

Oír á Clavijo en fiesta milagrosa
El santo voto, que al patron divino
Castilla hará, cuando su espada honrosa
Al campo moro lleva un mar sanguino:
Y luego Ordoño, en lanza belicosa,
Por la Gascuña estrago repentino,
Y en los rendidos páramos de Soria
Y Salamanca eterna su memoria.

El magno Alfonso, deste Ordoño hijo,
Entrará al reino, y en sangrientas manos,
Porque no vean su pompa y regocijo.
Los ojos sacará á sus tres hermanos:
Dará de azules peñas cerco fijo
A los deshechos muros zamoranos,
Cuando sus hijos con orgullo altivo
El cetro romperán del padre vivo.

Hará la inobediencia de García
El reino suyo, y guerra al pueblo moro
Con tasadas victorias, hasta el día
Que á la muerte avasalle el cetro de oro:
Vendrá Ordoño, que al padre la osadía
Tambien heredará como el tesoro,
Si algo á sus hechos ínclitos no humilla
La muerte de los condes de Castilla.

Como en venganza suya el cruel hermano
Froyla quitará el reino á sus sobrinos,
Y en nobles pechos con rigor tirano
Furioso hará sangrientos desatinos:
Desmembraráse el reino castellano,
Y al gobierno pondrá jueces divinos,
Quedándose el sangriento rey cubierto
De éspere lepra por sus culpas muerto.

Seguirleha Alfonso, de imprudencias ciego,
Y de indiscreto celo arrebatado,
Renunciará en su hermano el cetro, y luego
Le pesará de haberlo renunciado:
Mas Ramiro hecho rey, aunque por ruego,
Cegarleha, ya del reino apoderado,

Que no ha menester ojos, luz, ni día,
Quien pudo, y no miró lo que hacia.

Será famoso rey, pondrá en prisiones
A Almanzor, y á los hijos de Frúela,
Y en Simancas los bárbaros pendones,
En que el poder de Arabia y Libia vuela:
Degollará sus mauros escuadrones,
Y en cuidadosa y vigilante vela
Cuatro lustros verá, y luego el prudente
Ordoño heredará su reino y gente.

Tendrá sangrientas guerras con su hermano,
Que ha de alterar el reino la codicia,
A Lisboa saqueará su invicta mano,
Y el brio y furia enfrenará á Galicia:
Sucederleha don Sancho el Gordo, ufano
En gobernar de España la milicia,
Y hará en ley nueva, y público estatuto,
Libres las nobles casas de tributo.

Volaránle á Castilla el homenaje
De un libre azor las alas, y un caballo
Hará de paz á Córdoba un viaje,
Y alzarseha rey un sin lealtad vasallo:
Sudará fuego el mar entre un celaje,
Y saldrá un traidor conde á regalallo
Con frutas, de que ya morir le miro,
Y sucederle el niño don Ramiro.

Por estos siglos, bárbaros normandos
En Galicia harán gruesas entradas,
Y los moriscos cordobeses bandos
Del reino en las fronteras descuidadas:
Y con ley nueva, y rigurosos mandos,
A las mozarbes gentes bautizadas
Su Dios querrá que dejen, ó las vidas,
Ya por su amor ganadas de perdidas.

Alzarseha con Galicia don Bermudo,
Y el descuido del rey será de modo,
Que con su muerte, el que él deshacer pudo,
Señor quede absoluto y rey de todo:
Será de alma prudente y seso agudo,
Y en desgracias igual al postrer godo,
Cuyo tierno deleite y gustos vanos
Sin piés le harán, y le atarán las manos.

Será dueño Almanzor de sus victorias,
Y en costoso aparato y triunfo dellas,
Del hueco y firme bronce hará memorias,
Que su honra alumbre á su mezquita en ellas:
Suyas serán las trágicas historias
De los infantes siete, ó siete estrellas,
De la sangre de Lara, y la que baña
Del sitiado Leon la alta montaña.

Sucederleha su hijo Alfonso el Quinto,
Que asombrará de Córdoba los muros,
Y sus reyes con oro en sangre tinto
A su ira comprarán breves seguros:
Bará en su córte un bello laberinto
De argamasados mármoles oscuros,
Mas en Viseo una infeliz herida
Quitará al reino el rey, y al rey la vida.

Vendrá tras él el último Bermudo,
Que muerto de Carrion en las riberas,
De Castilla y Leon se dará un nudo,
Que en mil edades dure venideras:
Matará su cuñado, al que no pudo
La ardiente Arabia y sus legiones fieras,
Sentándose Fernando así en la silla
Primera de Leon, y de Castilla.

Será este rey en ánimo y grandeza
Un Pompeyo segundo, y el primero
Que al noble Cid honrará la braveza,
Y arnés le armare de bruñido acero:
Humillarleha Toledo su cabeza,
Y serleha de Sevilla el rey pechero,
Llevando hasta Leon su pueblo moro
Al gran doctor Isidro en andas de oro.

Florecerá en su alegre edad la santa

Casilda de Toledo, infanta bella;
Mas ya tanta grandeza, y dicha tanta,
A su ambicioso hermano enfadó el vella,
Y contra el de Navarra baja cuanta
Marcial potencia tiene y rige en ella,
Sin que halle su pasión otro concierto,
Que de heredar el campo al uno muerto.

Pondrá el rio Ebro el vencedor Fernando
Por lindero á Navarra y á Castilla,
Y del romano imperio al grave mando
Libre, cual lo es, su castellana silla:
Mas ya al general termino llegando
Con poco acuerdo dejará en rencilla
Tres hijos reyes, que es á toda cuenta
La compañía del reinar sangrienta.

Castilla del valiente Sancho, y luego
Leon de Alfonso, y de García Galicia,
Ninguno el reino gozará en sosiego,
Que es glotona de reinos la codicia:
Huirá á Toledo Alfonso, y el gallego
Aun le enterrará preso la avaricia,
Y Vellido en el muro zamorano
Al uno vengará y al otro hermano.

Volverá el bravo Alfonso del destierro
A ser universal señor de cuanto
Su anciano padre dividió por yerro,
Y juntó en él el uno y otro llanto:
Escalará triunfante el sacro cerro
Que Tajo lava y enriquece tanto,
Dando á su ilustre alcázar de su mano
Al castellano Cid por castellano.

Mas la instable fortuna, en recompensa
De mil victorias, con faltarle en una,
Feudo de todas cobrará, que piensa
Que sin estas mudanzas no es fortuna:
Y su santo heredero en nube densa,
De armas rendido á la africana luna,
De la fuente de Uclés en el desierto
Quedará, á vueltas de otros muertos, muerto.

Dará una hija á Enrique, hijo segundo
Del conde Lotoringa, hecha duquesa
Del fértil suelo, donde el mar profundo
El remate de España lava y besa;
De cuya insigne fuente un rio fecundo
De real sangre tendrá la portuguesa,
Hasta que acabe en Africa, en el día
Que vuelva á ser de España monarquía.

A este dichoso siglo venidero
La religion Templaria militante,
De limpio armada y de cristiano acero,
Por luz del mundo nacerá en Levante:
Verá el rey de sus dias el postrero,
Y Alfonso de Aragon vendrá triunfante
Por invicto Monarca, que en Castilla
De cinco ensalzará sola una silla.

Será su emperador, será su espada
De España muro, y del morisco espanto,
Y en veinte y ocho batallas barnizada,
Tantos triunfos tendrá del cielo santo:
Dará á la libre reina ocasionada
Del rico patrio suelo el rojo manto,
Y tras su libertad Alfonso el bravo
Vendrá, aunque sin segundo, á ser octavo

De España emperador, cuyos vasallos
El de Aragon serán y el de Navarra,
Y del vándalo Betis cien caballos
En su carroza real, tropa bizarra:
(¡Suerte humana!) que al tiempo de gozillos
Por cama en la fresneda una pizarra
Del mural rigor dará el camino
El alma al cielo, el cuerpo á un pardo espino:

Cuando tras dél, de Sancho el Deseado
Vida y virtud se volará en deseo,
Pues de un año de reino, y mal logrado,
Cortarle el hilo ya la parca veo:

Dejará un tierno niño encomendado
 De Castro á la lealtad, y ella el empleo
 De su príncipe, reino y señorío,
 Salvos conservará del rey su tío.
 A Avila el niño huirá de Soria,
 Que en rico alcázar le tendrá seguro
 Hasta cobrar su reino, y con victoria
 Libre salir del abulense muro:
 Mas de Africa el orgullo y vanagloria
 Sus fuerzas veo juntar, desde el obscuro
 Nacimiento del Nilo, hasta donde
 Atlas el día en su arboleda esconde.
 Y con el apartado gáramante,
 Etiopie adusto, y árabe ligero
 Por Castilla entrará, y saldrá triunfante
 De Alarcos todo el mauritano acero:
 Bien que en Tolosa el bárbaro pujante,
 De las Navas poblado el campo entero
 De muertos dejará, cuyos millares
 De un ciento y de otro ciento serán pares.
 Fundará, porque al mundo se publique,
 De las Huelgas de Burgos la grandeza,
 Y allí enterrado el mal logrado Enrique
 De España, y su valor será cabeza:
 Gobernará á prudencia de un Manrique,
 Gozará de Malfada la belleza,
 Y de un golpe una teja desmentida
 Al caer malogrará su tierna vida.
 Soldará este dolor Fernando el Santo,
 En cuyo reino y siglo venturoso,
 Ni hambre ni peste habrá, ni azar, ni llanto,
 Ni guerra en que no salga victorioso:
 Córdoba será suya, y será cuanto
 Del claro Betis riega el curso hermoso,
 Restituyendo en hombros de cautivos
 Del bronco de Almanzor los sonos vivos.
 Hará suya á Jaen, Murcia y Sevilla,
 Y tributario el reino de Granada,
 Y al cetro de Leon y de Castilla
 Eterno nudo, é inmortal lazada:
 Ilustrará con santidad sencilla
 Domingo su real sangre, y la abrasada
 Cueva del monte Alberno y sus espantos,
 Que hay tambien siglos que producen santos.
 Llevará á Salamanca de Palencia
 Las letras que la harán rica y florida,
 Seguirleha su hijo Alfonso, á quien la ciencia
 De los astros promete inmortal vida:
 Y aunque rey sabio, mucha suficiencia
 Suele sin humildad verse perdida,
 Que del saber el moderado freno
 Al bueno hace mejor, y al malo bueno.
 Con hija de un rey santo, en cuyo escudo
 Un bello cielo azul tres lirios baña,
 En retrógrada estrella, y dia desnudo
 De la real magestad, y no de saña,
 Con soberana pompa en santo nudo
 El príncipe ligar hará de España,
 Cuyas dos plantas por violentas leyes
 Duques darán al mundo en vez de reyes.
 Compondrá el astronómico secreto
 De las tablas y leyes del juzgado,
 De Roma emperador se verá eieto,
 Y de uno y otro cetro despojado,
 Que el ambicioso Sancho, sin respeto
 Contra el incauto padre rebelado,
 Se ha de quedar con la usurpada silla,
 Y el despojado rey muerto en Sevilla.
 Alcanzarlehan las graves maldiciones
 Del sabio rey al hijo inobediente,
 Con que en guerras será, y en disensiones,
 De su ambicioso reino la corriente:
 Entrará en heredadas turbaciones
 Un niño rey, que en ánimo imprudente
 De dos vasallos morirá emplazado,

O por su grave culpa, ó su cuidado.
 Quedará niño Alfonso el Justiciero,
 Ultimo de los reyes deste nombre,
 Y el alterado reino edad de acero
 Será en guerra civil que al mundo asombre:
 Avila sola con feliz agüero
 De leal conservará el primer renombre,
 Siendo en su fiel custodia real brinquiño,
 Cual ya otra vez lo fue de otro rey niño.
 Al bravo Alboacen, rey de Marruecos,
 Contra él veo ya alterar la Libia ardiente,
 Y resonar por los peñascos huecos
 Del sordo mar su innumerable gente,
 Tal, qué aun me asombran los quebrados ecos
 Del infiel campo, adonde veo presente
 La africana potencia, y mortal rabia,
 Que hay desde el mar Océano al de Arabia.
 Todo este campo bárbaro amasado
 De diversas provincias y escuadrones,
 Por vengar un infante mal logrado
 Blandos dará en su sangre los quebrados ecos
 De Tarifa, y volcando el rio Salado
 Destrozados arneses y pendones
 Correrá al mar, y llevará el tributo
 De maura sangre, y de africano luto.
 Despues ganar en cerco veo prolijo
 De la firme Tarifa las almenas,
 Y las de Gibraltar constante y fijo
 De llanto dejará y de luto llenas:
 Entrará al reino su soberbio hijo
 Don Pedro, tierno jóven; mas apenas
 El real cetro empuñará en la mano,
 Cuando descubra su ánimo inhumano.
 Habrá una gran mudanza en las noblezas
 Destos crecientes siglos y menguantes,
 Alzando unos fantásticas cabezas,
 Y humillando otros las que alzaban antes:
 Será un Neron en abrasar grandezas,
 Y destruir sugetos importantes,
 Lavando en sangre sus impuras manos
 De parientes, mujer, madre y hermanos.
 Hasta que al fin el cielo por castigo
 De su cruel pecho, y corazon tirano,
 Abrazado le ponga á su enemigo
 En lucha horrible de uno y otro hermano,
 Donde el dichoso Enrique por testigo
 Dirá el puñal en su sangrienta mano,
 Que ni es ni fue al presente desconcierto
 Cain el vivo, porque lo es el muerto.
 Triunfará el fraticida rey afable,
 De ánimo ilustre y nobles condiciones,
 En vista alegre, en compostura amable,
 Y en mercedes magnánimo y razones:
 Bien que de la fortuna variable
 El fin verá de sus mudables dones,
 Que con veneno el cielo soberano
 Ya vengar determina al muerto hermano.
 En datiladas flores de un coturno
 Berberisco la muerte irá argentada,
 Luego que del periodo de Saturno
 La media vuelta dé su edad dorada:
 Morirá al fin el rey, tocará el turno
 Del cetro de oro y la diadema amada
 Al primer Juan, que por templado y grave
 La magestad pesada hará suave.
 Pondrá el noble distrito de Vizcaya
 En su real corona timbre activo,
 Y un rey Armenio á su española playa
 Del llano Egipto bajará cautivo:
 Romperá fiero á Portugal la raya;
 Mas volverleha fortuna el rostro esquivo,
 De su ejército haciendo, y de su flota,
 El inmortal blason de Aljubarota.
 Y su temprana muerte á las riberas
 Del desgraciado Henares, á caballo



Con los diestros farfanés de las fieras
 Naciones libias subirá á buscallo:
 Mas ya de su hijo Enrique veo las veras
 Que temello harán y respetallo,
 Cuando en Burgos, temblando ante su silla
 La grandeza se arroje de Castilla.
 Y de su alcázar el dorado techo
 Tan trocado le veo el rostro humano,
 Que en trono de oro ponga al de mas pecho
 Temor la ardiente espada de su mano:
 Y en el pueblo feliz por Hispal hecho
 En castigos será un nuevo Trajano,
 Mas la alevé punzada de un veneno
 Junto robará al mundo tanto bueno.
 El segundo don Juan, rey justiciero,
 A este sucederá desde la cuna,
 Que como único sol hará severo
 Crecer y decrecer la altiva luna:
 Y el cuarto Enrique, nieto del tercero,
 Tras él vendrá con desigual fortuna,
 Que toda se guardó á su heróica hermana,
 Mas que el sol bella, y que la aurora ufana.
 Yo digo de Isabel, por quien Fernando
 El reino de Aragon dará á Castilla,
 Y ambos, deshecho ya el morisco bando,
 Del todo limpia su española silla.

Y por tan santos medios acribando
 El cielo su católica semilla,
 Su luz abrirá el alba á nuestra gente,
 Y el sol dará en los mundos del Poniente.
 Hará volar con soberanos fines
 Del ligurio Colon los pensamientos,
 Que mudando los hombres en delfines
 Domará el mar, y enfrenará los vientos;
 Y llegando á las playas y confines
 Que á este incógnito mundo dan cimientos,
 Alegres viendo su encubierta gente,
 Della cargados volverán á Oriente.
 Veránse entonces las estrellas fijas,
 Que por la rueda de Ixion clavadas,
 Al Antártico dan vueltas prolijas,
 Y con la nieve suben escarchadas:
 Y la fortuna y fama, nobles hijas
 Del trabajo y virtud, á un yugo atadas,
 De honra y riqueza afeitarán sus teces,
 Deidades que se juntan raras veces.
 Volverá á renacer el siglo de oro,
 Con el que sudará el suelo fecundo,
 Y de sus ricas naves el tesoro
 Gemir el golfo hará del mar profundo:
 Y estos dioses sin alma que hoy adoro
 Piedra á ser volverán en nuestro mundo,

Y en el suyo las nuevas maravillas
Nuevos asombros parirá el oíllas.

Ya el prudente Colon, blanca paloma,
Pronóstico de paz á nuestra guerra,
La empresa de añadir á España toma
Del nuevo mundo la encubierta tierra:
¡Oh alma siempre feliz! preciosa poma
De la luz santa que el morir destierra,
Nazca ya de tu honor el rayo ardiente,
Que la aurora ha de ser de nuestro Oriente.

Dé vuelta á su dichoso curso el cielo,
Y el vasto mar sus crespos golfos rinda,
Para que alumbre de su lustre el vuelo
La gente que ahora con la noche alinda:
Digno fervor de aquel heróico celo,
Que á tu alma santos pensamientos brinda,
De dar paso al furor del mar profundo,
Y á Castilla y Leon un nuevo mundo.

Bien tu valor y autoridad merece
Silla entre reyes, y en los cielos silla;
Crezca tu nombre, crezca cual florece
Con mayo el mundo, con tu honor Castilla;
Que el signo que á tu estrella favorece,
Si á corta sucesion su curso humilla,
En nuevo lustre y voz de inmortal gloria
El blason crecerá de tu memoria.

Cuando ya en suspension de largos años,
Vacía de sucesion tu ilustre casa,
De avara ingratitud llore los daños,
Larga en el merecer, y en premio escasa,
Pues dando al natural, y á los estraños,
Las venas que tú hallaste, oro sin tasa,
Tu real grandeza te darán ceñida
De un breve estado á la porcion medida.

Entonces pues el cielo soberano,
Con nuevo crecimiento y gloria nueva,
Un príncipe ha de darte de su mano,
Para quien todas sus crecientes lleva:
Si has de ganar un rico mundo ufano,
Si harás que á tu inmortal valor se deba
Cuanto tesoro da y reparte España
Por su invencible gente, y por la estraña:

Si has de domar el mar, si has de ver hecho
De nueva luz el contrapuesto polo,
Si al corto seno de un bajel estrecho
Mas oro has de añadir que alumbraba Apolo;
Si al gran mundo en que queda el día deshecho
La antes cerrada puerta has de abrir solo,
Y dar á Europa la encubierta gente,
Que ahora las sombras guarda del Poniente:

Todo es en rica fe de labrar casa:
A este gran sucesor de tu grandeza,
En quien fortuna lloverá sin tasa
Los bienes que antes daba con pereza:
Si en tí la sucesion se cortó escasa,
La corona ducal de su cabeza
Pródiga de honra hará en parto fecundo
De eterno curso tu memoria al mundo.

Este es quien juntará al grabado peso
Del mundo, que adornar tus armas pudo
De la casa de Córdoba el rey preso,
Y de Toledo el jaquelado escudo:
Las bandas de Aragon, y del suceso
De Orique el real cuartel, precioso nudo,
Con las diez torres que orlan las esquinas
A las invictas portuguesas quinas.

Destos reales blasones reservados
A tu creciente esfera, el tiempo envía
El gran premio debido á tus cuidados,
Que otro inferior á deuda tal sería;
Y en don Nuño Colon resucitados
Los bienes que tu heróico aliento cria,
Será de honra española ardiente fragua,
Gran almirante, y duque de Veragua.
Marqués de la encubierta Jamaica,

En preciosas maderas eminente,
De ricos pastos y metales rica,
Si bien de ociosa y descuidada gente;
En cuyos gruesos campos multiplica
Al mundo por venir, oro luciente,
Que ahora por las riberas de Caguaya
Forma en cercos de luz lustrosa raya.

Aquí tambien, si el arco de la esfera
Incierta luz no llueve á mi memoria,
El sacro pastoral báculo espera
Al que yo autor espero desta historia:
Allí en sombras de eterna primavera,
Mientras tu fama al mundo hace notoria,
En esperanzas de mayores bienes
Preciosa mitra ceñirá sus sienas.

Ya del claro Genil la fértil vega,
De sangre llena y de espantosas lides,
A quien ni Troya, Tebas, ni Argos llega,
Ni en sus batallas Héctores y Alcides,
Entre el cristal que sus arenas riega,
Las rojas cruces de sus bravos Cides,
En victoriosas lanzas por las cumbres
De sus almenas formarán vislumbres.

Cuando de nuestro mundo las señales
Por tímbreres campearán de su victoria
Y de estos encubiertos arenales,
Que al día hurtan la luz, harán memoria:
Mas no luego en columnas de cristales
Del plus ultra á volar saldrá la gloria,
Hasta que de Austria y Recaredo juntas
Las sangres pongan sobre el sol sus puntas.

En una bella Juana, ilustre hija
De Isabel y Fernando, ordena el cielo
Union á estas heróicas sangres fija,
Y á la fama en su fruto inmortal vuelo:
Un sol que al mundo dé en vuelta prolija
Lumbre, y amor, honor, y miedo al suelo,
Y á su ley santa en riendas de oro atilde
Al soberbio alemán, y al indio humilde.

Y así en real pompa de su entrada al mundo
La fortuna feliz ordena el modo,
Que añadiendo al primero este segundo,
Invicto nazca emperador de todo:
Y sin que espanten ya del mar profundo
Los anchos golfos su estandarte godo,
La vuelta dé por cuanto gira entorno
Del día la luz, de la fortuna el torno.»

Así el sabio en los senos de su cueva
Los hados por venir descubre á España,
Y en potentes retratos, y en voz nueva
El curso teje de su vuelta estraña:
Y en reforzada voz cuanto da y lleva
Del tiempo el vuelo con que al mundo engaña
Hacer queria presente, y con suave
Vuelta á las suyas destorcer la llave.

Cuando en trueno confuso y rayo ardiente
La máquina gimió del monte horrendo,
Y la gruta capaz de oro luciente
Al centro pareció bajar huyendo:
Ahora del mundo la deidad prudente,
Que á su gobierno asiste, el ronco estruendo
Diese, agraviada en ver vuelta una masa
De clara luz las sombras de su casa:

O sea, si ya no es esto lo mas cierto,
Que el sabio Malgesí con nuevo engaño
De oculto signo, ó círculo encubierto,
Del aire hiciese el movimiento estraño:
Y dejando al contrario mago muerto,
Libre huyese del pasado daño
Por las cavernas, ó que el monte ciego
Roto se ardiese en invencible fuego.

Como tal vez del rayo la violencia,
Que á la alta torre de un alcázar baja,
Si el duro jaspé en firme resistencia
Su vuelo impide, sus murallas raja,

Hunde los techos de oro sin clemencia,
Los frisos rompe, el mármol desencaja,
Y en ricas sillas de marfil sentados
Los graves Reyes quedan desmayados:
Tal ruido se oyó, tal en un punto
El suelo dió en terrible terremoto,
Tristes gemidos, resonando junto
El yerto monte y el vecino soto:
Y el súbito estallido fiel trasunto
De un mundo fue descuadrado y roto,
Cuando el quebrado cielo en fuego ardiente
La tierra hará carbon, y arder su gente.

Mas ya en esta sazon otra garganta,
En estruendo no menos resonante,
De un dragon negro, cuyo bulto espanta
Los pardos olmos que le ven delante,
Sobre el cristal de un rio se levanta,
Y vivo en ella traga un noble infante,
Que el crespo mar con nueva maravilla
Del claro Ebro escupió en la verde orilla.

De los huecos celajes con que Iberia
De Anteon la fuente disfrazó celosa
La sierpe vino, cuya horrible arteria
Posada al gran Bernardo dió espantosa:
Y él, reducido á la última miseria,
Al bajar la garganta tenebrosa,
Dió en el profundo vientre de la fiera,
Que se tragara una montaña entera.

Pide al caer medroso ayuda al cielo,
Que á tanto riesgo sin pensar le trajo,
Cuando de un tumbo y otro un verde suelo
De sus floridos piés halló debajo:
Llenas las rosas de escarchado yelo
De verdes hojas el torcido gajo,
Y él sin riesgo mayor que la congoja
Con que aun allí estar muerto se le antoja.

Del fresco prado en las floridas faldas
Labrado de oro pareció un palacio,
De ricos frisos y molduras gualdas
A las vislumbres hechas de un topacio,
De diamantes tan lleno y esmeraldas,
Que en el mas pobre y deslucido espacio
Dan sus rubias colores mas centellas,
Que en su via láctea cuenta el cielo estrellas.

Y á el fresco Alpende, de su puerta altiva
Un bárbaro jayan barriendo el suelo
Con furia trae una beldad cautiva,
Que favor pide en tanto agravio al cielo:
Y era la desigual batalla esquivo
De la codicia, y de la dama el celo
De guardar limpia una desnuda espada,
Que en sangre presto se verá manchada.

Hecha dorada presa en los cabellos,
Que el alba no es mas bella cuando nace,
El gallardo español, que en ella y ellos
La injuria vió que el cruel jayan les hace,
Por entre rosas y jazmines bellos
A deshacer se arroja el torpe engace,
Que por los dedos del soberbio moro
Hacian las ofendidas hebras de oro.

Sacó su firme espada, que con ella
Vengada y libre ya juzga la dama,
Dejó el jayan la sin piedad doncella,
Y de acero una almádana encarama,
Así horrible, que pone espanto el vella,
Y el silbo mas con que bajando brama
En busca del guerrero, que si le halla,
Ni ha menester mas paz, ni mas batalla.

Hurtó el cuerpo, tembló la tierra en torno,
Y por ella enterró el martillo un brazo,
Cuando el gallardo joven por retorno
Del fino arnés le desmembró un pedazo:
Da el uno, el otro amaga, y el contorno
Resuena, gime, y coge en su regazo
Los peligrosos golpes, cuando el vario

Revolver los desvia del contrario.

Era el bruto jayan gruesa quimera,
De obscura tez, y bulto corpulento,
De así hidrópico vientre, que pudiera
Hartar lleno de plata á un avariento;
Y en su diestro esgrimir tan ágil era,
Que es con su ligereza plomo el viento,
Y de su clava el aire mas furioso,
Que el que al Egeo mar turba el reposo.

La bella ninfa que del bulto grueso
Del jayan libre vió su heróica espada,
Con ella en la una mano, en la otra un peso,
La una á la otra balanza nivelada,
De la batalla el áspero suceso
Mira en rico sitio de oro sentada,
Que en la vecina sala en pedrería
Y finas telas de brocado ardia.

Cuando en iguales golpes los guerreros
Los techos de oro vieron de la sala,
Y en su destreza y revolver ligeros
De un alentado combatir la gala;
Mas del leonés alfanje los aceros,
A un revés que el de un rayo no le iguala,
Se entraron por la hidrópica barriga
De la sombra fantástica enemiga.

Y abriéndole una puerta, que pudiera
Por ella entrar el mismo que la hizo,
Cuando el grave jayan creyó que diera
En tierra muerto, su vigor rehizo;
Corriendo á un tiempo de la herida fiera,
Por sangre y negra tez, rubio granizo
De miles doblas de oro, que sin tasa
El suelo hinchieron de la alegre casa.

Bastara su agradable golosina
El gusto ocasionar al mas templado,
Y trocar la batalla por la fina
Y rubia masa del metal preciado:
Mas al que al solo noble honor se inclina
No las riquezas turban su cuidado,
Que el oro es metal pobre para el hombre
Que en la virtud aspira á inmortal nombre.

Y así á solo vencer pone la mira,
Y el oro pisa que en tan poco tiene,
Cuando una estraña novedad le admira,
Que envuelta en el metal precioso viene:
Por donde su corriente alegre gira,
Y la dorada sangre se detiene,
Reñecer se vieron mil espadas,
Por otros tantos brazos levantadas.

Parto infeliz de la preñada tierra,
Hecho en favor del sin lealtad gigante,
Que ya con armas de oro hace guerra,
A quien con las de acero no es bastante:
No da tantos renuevos la alta sierra,
Que es de Gascuña y Leon muro importante,
Ni tantas flores cuaja en su ladera,
Cuando derrama abril su primavera;

Como del enlosado suelo duro
Espadas floreció la lluvia de oro,
Que en tejido escuadron, y denso muro,
Hieren á un tiempo en martillar sonoro:
Nunca el leonés se vió menos seguro,
Ni con tantos contrarios; que el tesoro
Puede sembrado mucho, aunque en el pecho
Del avariento muera sin provecho.

Ya en la Morea tal vez los blancos dientes
De una sierpe en marcial furor sembrados
Espigas dieron de enemigas gentes
Y los surcos se armaron de soldados:
Las serpientes al fin dieron serpientes,
Y al armado gañan hombres armados,
Mas sembrar oro, y espigar rencilla,
Esa es la nunca vista maravilla.

Y el valido jayan contra Bernardo
De tantos brazos, mientras él su espada,